

Cartas a los Poetas

De Vuelta

Creo en la Comunión de los Poetas

Las cartas siempre llegan. Aunque se pierdan. Aunque no se manden. Todos sabemos de esas vías exteriores por las que llegan las cartas exteriores. Nadie sabe de esos caminos interiores por los que siempre llegan las cartas interiores, las cartas que siempre llegan, aun las que se pierden, aun las que no se mandan nunca.

Aquí, encima de mi mesa, entre muchos papeles, entre muchas cartas, entre muchas almas, estaba esperándome a mí esta carta que yo escribí a todos los poetas. Y así es cómo, perdida y nunca mandada, me ha llegado a su hora y les llegará a todos a su hora, seguirá llegándonos ininterrumpidamente. Y dirá a todos los poetas que he conocido en mi viaje —mi largo sueño de seis meses en un sola noche— la razón —o la sinrazón— de que tan bien los hubiera conocido antes de verlos, de que estén aquí después de haberlos visto, exactamente como estaban antes de partir yo para el viaje, para ese largo sueño. Y en ese hallarlos así, está la razón —no aquí la sinrazón— de que me encuentro yo tan bien aquí, después de haberlos dejado.

No es que vuelvan a estar o que yo vuelva a estar y hallarlos: siguen y seguimos estando, como todas las cosas.

Como todas las cosas. Como el árbol que corona el volcán y que me miró desde abajo cuando yo iba más arriba que él en el aire, como mi Corona de Cristo que me saludó, sin que yo me fijara, a la entrada del Seminario, como mi silla, como mi cama, como mis libros —los que aún están y los que me llevaron—, como los poetas de aquí que se empeñan en decirme que no han sabido nada de mí en tanto tiempo, cuando en realidad los unos y las otras, las cosas y nosotros, no hemos dejado, no podemos dejar de comunicarnos, de *comulgar* juntos en una misma luz para una misma vida. Y esto que llamamos reanudar la comunicación, no es sino continuar la no interrumpida *comunió*n de poetas en que creo:

*Creo en la comunió*n de los poetas.

Hasta el vacío del poeta a quien ya no veré nunca en su leve envoltura mortal, a pesar de darme la sensación de que sin él la ciudad, la nación toda estaba vacía, hasta ese vacío era un vacío lleno: lleno de la comunicación de los poetas que ni la muerte puede interrumpir, porque “la muerte no interrumpe nada”. Porque también el poeta muerto estaba en su sitio como todos las demás cosas.

Todo estaba en su sitio. Y yo leí —también estaba aquí aguardándome a su hora en punto— lo que escribí a la vuelta de otro viaje:

—Todo estaba en su sitio
Y el corazón alerta.

El lago está en su sitio.
La ceiba está en su sitio

(Oh mi amor vegetal, demasiado ancho
Para abrazarte entero: árbol gigante,
Yo sentí, al abrazarte, tu latido,
Por más que jamás supe ni podré saber nunca
Si era el latido tuyo sólo en mí latiendo
O era el latido de los dos o sólo el mío,
Oh mi amor vegetal, rosa gigante!)

Ese arbolito verde de la orilla está en su sitio.
El cielo está en su sitio.
El horizonte raya el cielo por el mismo sitio.
Aquella barca, que anda y anda siempre.
Cerca del horizonte, está en el mismo sitio.

—Es barca o alma o ángel?
Todo lo es y está en su sitio.—

Yo sólo debo de ser el que siempre
Me mudo, pero para ser mejor siempre distinto
Siguiendo siempre el mismo.

—El corazón está en su sitio—,

Que si no, no vería
Todas las cosas en su sitio,
Todas cambiadas y en el mismo sitio,
Cuando vuelvo de un viaje en el que nunca
Sé a dónde he ido:
Siempre de viaje por el mismo sitio.

De vuelta
—os veo a todos
De vuelta—:

El corazón está en su sitio!

La raíz de que todas las cosas estén y de que todos estemos en nuestro sitio —comunicándonos, sí, desde él—, es mucho más honda de lo que puede sospechar el que juzgue por la aparente ligereza con que eso está dicho. La raíz de esa comunicación está en que todas las cosas están y todos estamos —siempre de vuelta— en Aquel que no tiene sitio. Y en que el único modo de estar plenamente en Él es llegar a Él *volviendo*:

Sólo volviendo a Ti me hallo completo
 Sólo volviendo
 Sólo volviendo a mí te hallo completo
 Sólo volviendo
 Sólo volviendo —oh Río inaccesible—
 Sólo volviendo
 Me has dado la palabra inaccesible
 Que eres Tú en mí yo en Ti que somos
 Sólo volviendo
 Sólo volviendo a Ti vamos al todo
 Sólo volviendo
 Será el nunca volver nuestro ser todo
 Como lo viste en Ti y a Ti volviendo,
 Señor, sólo volviendo
 Cuando yo no era aún y en Ti mi nombre
 Ya era verdad completa en mi ignorancia
 Como seré volviendo
 Río y Señor, tu luz en mi ignorancia
 Como seré subiendo hasta tu Nombre
 Contigo en mí conmigo en Ti volviendo

 Señor, sólo volviendo

Así a donde quiera que vayamos, aunque vayamos por primera vez, volvemos. Y así, al volver y hallar lo que aparentemente habíamos dejado, nos encontramos con la sorpresa de que no es todo sino una continuada posesión de lo mismo, de lo que no podemos separarnos. Y a esa continuada posesión de lo mismo en este hoy —*mientras el Hoy se nombra*— se une todo lo que en nuestro viaje hemos más que visto, realizado que estaba en nosotros, junto con todo esto de que en realidad no nos habíamos separado. Y con todo eso que hemos visto y viéndolo realizado que ya estaba en nosotros, todo lo que no pudimos ver. —Sí, me decía yo al ver que se desvanecía irremediablemente la esperanza de ver cosas y personas que tanto deseaba ver, sí, también me llevará el resplandor de todo lo que no he visto, todo iluminado con esa esperanza, inminente posibilidad de cumplimiento del ardiente deseo que tuve de verlo. Las cosas y las personas. Las que nunca había visto: Italia... Roma... Javier... Y las ya vistas antes y ahora nuevamente deseadas y casi poseídas: Córdoba... Granada —vista a la luz interna de otra Granada—... Sevilla... Oña... Y los amigos no abrazados: Francisco (aquel Francisco Lucas, poeta y orador en su doble sentido y a quien alguien confundió en mi poesía con San Francisco de Asís), José María (el poeta a quien casi yo sólo conozco), Franco (Díaz de Cerio, poeta, filósofo, teólogo y dentro de poco, en su palabra creadora, uniendo todo lo anterior, Sacerdote)... Todo—personas y cosas— llameante con lo que en cada instante iba a ser ya realidad del deseo logrado. Todo sin convertirse de esperanza en recuerdo. Todo cantado antes que poseído:

Realidades de nombres que me han hecho
 Y que quedan intactas
 En su puro esplendor de ansia en el sueño.

Todo está aquí: lo que sólo dejé para confirmarme en que siempre me acompaña, lo que logré en realidad para estar cierto de que ya antes

estaba conmigo, lo que sólo en sueño y esperanza logré, quizá para tenerlo así de un modo más luminoso y perfecto. Todo está aquí en la íntima *Comunión* de los poetas que quiere ser esta mi primera *Carta a los Poetas*. Y todo cobra, en el reposo de la vuelta, unidad de la dispersión, que siempre es un viaje. Todo se unifica en ese Uno —el Uno necesario— del que todo viene y al que todo vuelve, al que volvemos siempre con todo. Hasta que lo encontremos, en El, todo: *Te tendré junto, corazón disperso...* Con qué amor volvería a repetir aquí, ahora, de vuelta, lo que aquí dije, entonces, a la partida: aquellos que por ahí se llaman ya *sonetos* metafísicos desde que, corrigiendo mi desmañada lectura, la firme, tierna, meditadora voz de Luis Rosales encendió con ellos nuevamente su Casa Encendida; que luego repetí en tantas partes, dando a mi voz la hondura que antes no había hallado; que hallaron eco en tantas almas, sobre todo desde que, como anuncio de mi poesía, me abrieron la *llar* de Miguel Saperas, aquella noche, para mí —y para otros— inolvidable, del 28 de enero. Me abrieron un hogar y muchos corazones: bastantes de los mejores que la poesía, en toda forma de arte, tiene hoy Barcelona y que desde entonces, según me escriben, se saludan con el verso que fué el principio y el fin de aquella noche: *Creo en la Comunión de los Poetas*.

He dicho que volvería a repetir aquí. Y digo que vuelvo a repetir aquí eso que al partir me dije, porque de ningún otro modo sé decir mejor ese sentimiento de unidad en todo lo disperso, que me ha dado la vuelta de mi viaje, porque en nada hallo ahora más claro el sentido —dirección única de esta *calle mayor*— de todo lo que han de dar estas cartas, porque ya desde el título —...*de paso y corazón adentro*— completan el círculo de este hallarse perfectamente uno allí de donde ha salido y de donde no ha salido:

Tres Sonetos de Paso y Corazón Adentro

Te tendré junto, corazón disperso.
Y luego me dirás si te he encontrado
Y te diré por qué se ha desengrado
En tu herida unidad el universo.

Por qué en mí es uno lo que en sí diverso
Y es lo que ves pasar aún no llegado
Y el futuro en presente halla al pasado
Como en su plenitud de dicha un verso.

Sin verso ni universo, la hora en punto
Que le extraña al reloj y el amor sabe
Que apunta al fin del corazón sincero,

Donde es eternidad y todo junto
Va al todo que en cualquiera parte cabe
Y encuentra en su verdad lo verdadero.

* * *

Y todo es crear de aire lo que tiene
Por realidad la misma de las rosas,
Hacer de las palabras por las cosas
Un Ser, el solo ser que las contiene.

Decir que ya ha venido lo que viene
Mientras se dice: en voces misteriosas
De este latir en que tu Ser reposas
Como es en Ti y en mí como conviene.

Sí: todo es acertar con la mirada
Que da a la puerta donde todo abierto
Te das al corazón que sólo acierta.

Todo era, por mirarte, no ver nada
Cuando de noche, en tu presencia cierto,
Tú eras mi corazón, mirada y puerta.

* * *

Y el paso de los mundos se me queda.
Si paso, yo no sé. Sí sé que vivo.
Sí sé que he de vivir, de mí cautivo
Y libre en un quedar que rueda y rueda.

Con muerte en que la vida me suceda,
Sobre mis huellas, luz del fin, me inscribo,
Cuando en lo que voy dando me recibo,
Polvo en el polvo de la polvareda:

Polvo de luz; el sol que lo traspasa,
Si me seca, me enciende hacia su hoguera,
Fin de su eternidad en lo que pasa:

Presente de mi ser en lo que espera,
Todo en amor, memoria de su brasa,
Sol de su mar, sin paso y sin ribera.

Angel Martinez, S. J.



La Dirección de "ECA" agradece muy sinceramente los numerosos testimonios de simpatía y aliento llegados de los más apartados ángulos del mundo culto a su mesa de redacción durante estos cuatro meses de doloroso silencio. A su número y calidad —para nosotros tan insospechado aquél cuanto halagador ésta— se debe nuestra decisión de seguir ya sin vacilaciones por el camino hace cinco años emprendido.